

MARGIE ORFORD

ROSA SANGRIENTA



En un puerto abandonado de Namibia, los barcos
en descomposición ocultan secretos inimaginables...
Segundo caso protagonizado por la profiler Clare Harl.

El violento asesinato de un adolescente sin hogar sugiere que hay un asesino en serie suelto en Walvis Bay, un lugar de vacaciones venido a menos, aislado en el vasto desierto de Namibia. Se trata de un sitio claustrofóbico y corrupto con una población flotante que solo vino porque no les quedaba más remedio y donde todos lo saben todo, y al mismo tiempo no saben nada, de todos. La Dra. Clare Hart recibe el encargo de trasladarse a Walvis Bay para apoyar la investigación cuando se traza el perfil criminal del posible asesino. Colaborará con Tamar Damases, una detective local muy astuta que lidera el equipo de Asesinato y asaltos sexuales de la ciudad. Clare se alegra de que este caso la distraiga del desastre en que se ha convertido su relación amorosa con el capitán Riedwaan Faizal, quien resultó estar más casado de lo que parecía en principio.

Para mis padres, *Jack y Rosie*

Walvis Bay,
22.95°S, 14.5°E

He aquí un lugar desafecto.

T.S. ELIOT, *La tierra baldía. Cuatro
cuartetos y otros poemas*

Escorpio creciente...

Una noche sin luna. El viento del desierto cruzaba el barranco y hacía vibrar la hierba seca. Las estrellas colgaban pesadas sobre las dunas. Al este, el cielo estaba despejado. Al oeste, la niebla se retiraba sobre el mar. El vehículo estaba en lo más alto de la duna, sus luces eran como dos lunas gemelas malignas. Las puertas del coche se abrieron; de él salieron carcajadas, música y un penetrante olor a tabaco.

Más tarde, el peso de una pistola en tu mano. Perfecta. Trazas un círculo con el dedo índice y el pulgar para localizar el ojo ciego. La sensación de la yema del dedo contra el cañón aviva tu deseo y templea tu frío cuerpo. Retrocedes un paso, dos. El objetivo observa. Las manos atadas. Aguanta la respiración. La vista fija. Se aferra a la esperanza de que tu intención sea otra. No esto. Tú no.

El dedo curvado en torno al gatillo anticipa la fuerza necesaria para disparar. Al apretarlo, llega el éxtasis. Tu mirada fija en el marcador de metal, como si fuera el pezón erecto del tambor. Exhalas y empañas el aire del desierto.

Vuelves a coger aire y lo sueltas a la vez que el gatillo. Sientes la fuerza explosiva que te recorre el brazo, el pecho, la cabeza y la ingle, y luego todo desaparece.

Te das la vuelta y coges un cigarrillo. La cerilla reluce en la noche, y la llena de nuevo con gritos y estrellas. El cigarrillo brilla. La nicotina calma el mar picado en el que se había transformado tu sangre. Anhela lo que está por lle-

gar. Por fin... su último aliento te recorre la espalda como un escalofrío. Te giras a mirar. El asombro perdura en sus ojos imperturbables, que son como almendras sobre sus marcados pómulos.

El caracol arrugado de la oreja desconoce por qué la sangre recorre la frente. Los ojos, abiertos de par en par, están vidriosos.

Te vas a casa a dormir. Las luces traseras del coche perforan la oscuridad. La cola de Escorpio está suspendida sobre la luminosa estrella en su base. Parpadeando en el centro de la constelación, la estrella central se ríe de la expresión mortal de la cara. La sangre que empapa la arena sirve de reclamo para la primera oleada de carroñeros: insectos, moscas y bacterias se reúnen para iniciar el ataque.

Capítulo 1

Un sonido se coló en la mañana de lunes de Clare Hart y la sacó de las catacumbas de su sueño. Se sentó. El corazón le latía a toda velocidad y se apartó un mechón de pelo de la cara. Su teléfono móvil vibraba en la mesita de noche. Alargó el brazo para cogerlo, y al hacerlo derramó sobre él un vaso de agua. Secó las gotas de agua, que habían caído sobre el teléfono y sobre la gata que dormía. *Fritz* bufó y clavó las garras en el delgado muslo de su dueña. Clare recogió la pequeña gota de sangre con su uña antes de que cayera en la sábana.

–¡Mala! –le soltó ella.

La gata salió pavoneándose de la habitación, moviendo la cola de un lado a otro en respuesta a la tremenda ofensa.

–¿Doctora Hart? –El teléfono crujió.

Clare enrolló el edredón en torno a su cuerpo desnudo.

–¿Quién es?

El teléfono siempre se oía mal en el dormitorio.

–Capitán Riedwaan Faizal. Cuerpo de Policía Sudafricana.

Clare se sentó, y sus alertas se dispararon al máximo.

–¿Dónde estás?

El otro lado de la cama estaba vacío.

–Estoy abajo. Ábreme.

–¡Bastardo! –Clare no pudo ocultar el alivio en su voz.

–Eso díselo a mi madre.

–¿Dónde está mi té?

–Vamos, Clare. Aquí fuera está helando y el guardia de seguridad está empezando a sospechar.

–Conoces el trato, Riedwaan. Tú obtienes sexo y una cama donde dormir y yo, té cuando me despierto.

–Intento cambiar tus costumbres. Te traigo un capuchino y un cruasán recién hecho, en lugar del té.

Clare se puso el camisón.

–Me parece justo. Espera.

Apretó el botón rojo del telefonillo, y oyó el golpe del hombro de Riedwaan contra la puerta de cristal.

Subió las escaleras, acompañado de una ráfaga de aire frío del amanecer y dos cafés humeantes.

–Giovanni's. Mi favorito.

Clare le cogió los cafés y lo acompañó hasta la cocina. Riedwaan la siguió por el pasillo.

–Tal vez podrías darme unas llaves; si las tuviera, podría haberte llevado el desayuno a la cama.

Colocó los cruasanes en un plato y abrió el microondas.

Clare abrió la tapa de plástico.

–Tal vez.

Desplegó el *Cape Times* que él había traído doblado bajo el brazo y volvió a la cama. Clare había bajado sus defensas una vez, hace mucho tiempo, y su imprudencia había tenido consecuencias devastadoras. Para que volviera a hacerlo necesitaría un motivo de más peso que poder desayunar en la cama. Riedwaan, mientras tanto, volvió a abrir el microondas con optimismo y puso su café y los cruasanes en una bandeja.

En el dormitorio, Clare se apoyó en las almohadas. El suave tejido de su bata se abrió al inclinarse a coger un cruasán.

–Me encanta esto de ti.

–¿El qué? –preguntó Clare, con la boca llena.

–Que te levantes tan hambrienta. –Riedwaan se inclinó hacia delante, y aprovechó para cubrirle un pecho con la mano.

El aire parecía más ligero, como si solo hubiera el oxígeno justo para ellos y hubiera que usarlo con sensatez. Bajó la mano por su cuerpo hasta la cadera. Clare dejó el vaso en la mesa y se deslizó hasta tumbarse en la cama. Ella lo atrajo hacia él, le desabrochó los botones con destreza y buscó la tibieza satinada de la piel de su estómago y de su espalda.

–Me alegra que hayas vuelto –susurró ella.

Riedwaan le respondió con una sonrisa.

–Volveré siempre que me espere una bienvenida como esta.

Cuando volvió a coger su café, se había enfriado.

–Es hora de levantarse –dijo Clare.

–Quédate un poco más. –Riedwaan la abrazó con más fuerza–. Sé que, si no, te irás.

–Tengo cosas que hacer. –Clare se libró de sus brazos y entró en el baño.

Riedwaan la oyó tararear mientras el agua salpicaba y ella abría y cerraba los cajones.

–¿Tarareas cuando no estoy aquí? –preguntó él.

Dejó de canturrear.

–No es asunto tuyo.

Se giró y miró al exterior, hacia el mar gris que rompía contra las rocas. La noche anterior se había decidido a contarle a Clare que su mujer había tomado la decisión de volver a Sudáfrica.

Cuando salió del lavabo, iba en chándal.

–¿Vienes? –Se agachó para ponerse las zapatillas para correr.

–Debes de estar bromeando.

Clare alargó el brazo bajo el edredón hasta tocar el pecho de Riedwaan.

–No. Necesitas hacer más ejercicio, aparte del que practicas de vez en cuando conmigo.

En la puerta se volvió a mirarlo, y el sol le iluminó la cara y la sombra de una sonrisa.

–Clare... quería...

–¿Qué? –Ella arqueó una ceja.

Sin embargo, Riedwaan no se vio capaz de arruinar la felicidad que notaba en ella.

–¿Quieres los huevos fritos o revueltos?

–Cocidos están bien, ¿no crees?

Después se fue, bajando los escalones de dos en dos.

–Dale de comer a *Fritz* –gritó desde abajo–, así no te atacará.

Cerró de un golpe y se fue.

Capítulo 2

A mil seiscientos kilómetros al norte, a vista de pájaro, Herman Shipanga esperaba tumbado, mientras el frío le mordía a través de su delgado colchón. Las casas estaban construidas juntas para protegerse del viento que soplaba en las dunas desnudas del desierto de Namibia, y cuyo quejido se parecía a una risa de hiena cuando se colaba entre las casas. El viento agrietaba los ladrillos y había lugares en los que las puertas y las ventanas habían saltado de sus marcos; buscó y encontró las tiernas extremidades de unos niños dormidos y destapados.

Por fin llegó: el aullido de la sirena desgarró Walvis Bay. Shipanga apartó las sábanas y su cadera herida se resintió. Pasó por encima del grupo de niños que dormían en el suelo, llenó un barreño con agua y salió a lavarse. Mientras se echaba el agua helada, la sirena volvió a sonar. La fábrica de harina de pescado que se alzaba amenazante sobre las casas amontonadas desprendía un humo amarillo. Aquel hedor le provocaba arcadas.

Su mujer estaba levantada y servía las gachas en dos platos.

—A estas alturas, deberías estar acostumbrado. Es el olor del dinero —dijo ella a modo de saludo, al tiempo que le acercaba uno de los cuencos.

Removió las gachas sin apetito y, después, se puso la chaqueta sobre el mono azul. Los niños se despertaron y se removieron buscando de nuevo el calor de sus cuer-

pos. Shipanga se inclinó para acariciar la suave frente de su hijo menor antes de irse.

Fuera, echó a andar con paso decidido; su eco resonaba en las calles vacías. La niebla viscosa se apartaba a su paso. Pudo ver un cubo de la basura, una bici atada y a una mujer que paseaba a su perro justo a tiempo para evitar golpearse con ellos. Cogió un atajo a través del callejón que cruzaba por los patios traseros de arena de las casas. Apareció en la parte de atrás de la escuela.

La escuela mixta de Walvis Bay se levantaba en el extremo de la ciudad. Allí, la cambiante arena roja se amontonaba contra la valla del recinto como si buscara un resquicio por el que entrar. Shipanga se coló por un hueco en la valla y cogió un rastrillo del cobertizo del conserje. Fue hasta el patio de los niños más pequeños y cerró la alta puerta de madera tras él. El laberinto trepador se erguía entre la niebla.

Los columpios colgaban inmóviles de sus estructuras. Todos estaban vacíos, menos el último. El niño tenía las rodillas dobladas sobre el pecho. Con la típica indiferencia adolescente, se apoyaba contra la cadena enrollada en torno al columpio amarillo.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó Shipanga.

El crío no respondió. Los chicos mayores arrogantes siempre andaban molestándole, pintándose en sus mejillas, con boli, las cicatrices rituales de su cara. Aquellas marcas eran las últimas huellas del hogar que Shipanga había abandonado para buscar fortuna en aquel puerto sin sol.

Un golpe de viento zarandeó el columpio, pero el chico siguió en silencio. La ira y el dolor hervían en el pecho de Shipanga. Agarró la cadena y giró al chico para verlo de frente.

Los insectos sobresaltados se detuvieron solo un momento antes de volver a su concurrido festín. Donde debería haber estado la frente, un tercer ojo lo miraba con

malicia. La rabia de Shipanga se convirtió en horror. Retrocedió con los ojos clavados en el ocupante del columpio. Cuando llegó a la puerta, se dio la vuelta y corrió hacia un par de luces que brillaban en el aparcamiento.

–Señor Erasmus –dijo jadeando, con un dolor en el pecho causado por el esfuerzo y el susto.

–¿Qué? –El director estaba abriendo el maletero de su coche. Ni se dignó a levantar la mirada.

–Hay alguien allí. –Shipanga apoyó su mano callosa en el brazo del hombre–. En los columpios.

–Hable con Darlene Ruyters. Ella se ocupará.

Erasmus sacó su cartera del maletero.

–Es un niño, señor. –Shipanga le cortó el paso al hombre, sintiendo que volvía a inundarlo la ira–. Otro más.

–¿Igual que los otros? –preguntó Erasmus mirando al conserje.

Shipanga asintió. Erasmus se encaminó al recinto cerrado de juegos y, tras abrir la puerta, vio la figura que se retorció en el columpio de color amarillo brillante.

–¿Quién lo ha traído aquí?

Erasmus tenía la frente bañada en sudor.

–No lo sé.

–Es el primero que aparece en la ciudad –dijo Erasmus abriendo su teléfono móvil. Llamar a una ambulancia le permitía mantener la esperanza–. Ve a esperar a la policía, Herman. Yo lo vigilaré. Y no permitas que nadie cruce la verja.

Shipanga caminó hacia la verja y se sintió aterrorizado por la mirada fija del cadáver clavada en su espalda. El cielo plomizo hacía brillar el camión que se acercaba a la verja. George Meyer, siempre el primero en llegar, bajó la ventanilla.

–¿Qué pasa? –preguntó Meyer.

–Ha ocurrido un accidente –le explicó Shipanga–, en los columpios. Estamos esperando a la policía, señor Meyer.

–Gracias –dijo Meyer. Miró de reojo al crío pelirrojo que estaba sentado junto a él.

Oscar alargaba el cuello para ver qué pasaba. La señora Ruyters era su profesora. Su coche estaba allí. Esa parte estaba bien. Que Herman Shipanga los detuviera en la puerta, no, aunque su sonrisa familiar, blanca y brillante, resultaba reconfortante.

Un Mercedes Benz nuevo y resplandeciente derrapó y se detuvo tras ellos. Herman Shipanga corría hacia él cuando un hombre salió raudo del asiento del conductor y puso la mano en el pecho del conserje. Shipanga se crujió los nudillos y se detuvo. Veinte años trabajando en diferentes barcos pesqueros de arrastre le daban ventaja frente a un hombre con la manicura hecha y que se pasaba los días en una oficina con calefacción.

–¿Por qué hay un coche bloqueándome el paso? –preguntó el hombre.

–Hoy no hay clases, señor Goagab –dijo Shipanga–, debe esperar aquí, por favor. Ha habido un accidente en...

–Tengo que hablar con el señor Erasmus.

Goagab sacó su móvil. Antes de que pudiera marcar, Erasmus apareció, atraído por el ruido.

–Explíqueme una cosa, Erasmus –le gritó Goagab–: ¿por qué no puedo dejar a mis hijos? Exijo una explicación.

–Lo siento, señor Goagab, pero tendrá que esperar, como todo el mundo. La policía está de camino. Ellos decidirán qué hacer.

Erasmus se sintió aliviado al ver una luz azul que brillaba a lo lejos, entre la niebla. Se acercaron un par de coches. Dos hombres salieron de un todoterreno blanco. Elias Karamata era de piel oscura, con la cabeza afeitada y una figura compacta, rota tan solo por una incipiente barriga cervecera, tapada por una apretada y escueta cami-